

VANGUARDIA

DOSSIER

NÚMERO 19 ABRIL / JUNIO 2006

Israel



**Natan Lerner, Kenneth W. Stein, Walter Laqueur, Shalom Rosenberg,
Abraham B. Yehoshua, Yossi Beilin, Samuel Hadas, Aviad Hacoen, Yaakov Kop,
Sergio DellaPergola, Mohammad Darawshe, Avi Beker, Esther Bendahan,
Jacobo Israel Garzón, Alfred Tovias, Yivsam Azgad, Yoram Peri,
Ethel Katz de Barylka, Daniel ben Itzjak, Avirama Golan, Naomi Ackerman**

OS
9 771579 337002



Una historia de Israel

Kenneth W. Stein

PROFESOR DE HISTORIA Y POLÍTICA DE ORIENTE MEDIO EN LA UNIVERSIDAD EMORY, ATLANTA (ESTADOS UNIDOS)

AL RESUMIR LA REUNIÓN DEL 31 DE DICIEMBRE DE 1937 DEL FONDO Nacional Judío (FNJ) unos 21 meses antes de que Hitler invadiera Polonia y 11 meses antes de la firma del pacto de Munich, Eliahu Epstein, un joven periodista judío que en la década de 1950 se convertiría en embajador de Israel ante la corona británica y presidente de la Universidad Hebrea de Jerusalén, escribió que se daban unas perspectivas bastante notables para un crecimiento judío en Palestina. Existían grandes oportunidades para que los sionistas compraran tierras para el Estado judío. Se hicieron tentadoramente cercanas las posibilidades de crecer y solidificar el objetivo sionista de crear un hogar nacional. El problema de los sionistas era la insuficiencia de fondos para culminar las compras de tierras a los árabes,

no a la ausencia de ofertas árabes. Como había ocurrido desde la primera década del siglo XX, abundaban las ofertas árabes para vender tierras. Sin embargo, la situación en 1937 y 1938 era precaria para los árabes propietarios de tierras. La violencia esporádica por toda Palestina había llevado la incertidumbre al mercado del suelo. El transporte hasta los mercados se veía bloqueado por ocasionales cortes de carreteras. Las bandas robaban a los campesinos, lo cual alejaba a los arrendatarios de sus tierras. A los propietarios que dependían de esas rentas no les resultaba viable conservar la tierra. Los temores de posibles restricciones públicas sobre los vendedores de tierras árabes hicieron que muchos concretaran propuestas a compradores judíos. Existía una gran necesidad de dinero en efectivo, que podía lograrse con la venta de tierras. Y existía por parte de algunos árabes, quizá varios miles, el deseo de abandonar Palestina y vender sus bienes raíces antes de partir. Todos estos factores contribuyeron a las extraordinarias oportunidades de compra que se presentaron ante los constructores de la nación judía.

EN REALIDAD, SEGÚN EPSTEIN, EL FNJ, LA principal organización sionista encargada de la compra de tierras en Palestina, estaba recibiendo ofertas de venta árabes “en una escala sin precedentes desde la Primera Guerra Mundial”. Y continuaba: “De contar con medios, podrían cerrarse contratos por 200.000 *dumans* (un *dunam* equivale a mil metros cuadrados) en distintas partes del país, incluidas zonas del proyectado Estado árabe y judío, y en sus fronteras, con un compromiso por parte de los vendedores [árabes] de completar la transacción en un plazo breve.” De esas ofertas los agentes del FNJ revisaron y consideraron dignos de compra al menos 150.000 *dunams*. Estaban situados en emplazamientos estratégicos en la

Aprovechando la inusitada oferta de tierras por parte de los árabes, en los años 30 los sionistas adquirieron parcelas estratégicas que conectaron sectores del territorio judío

Galilea Superior, los distritos de Beisan y Acre, las colinas de Judea, en la parte meridional del país y la carretera Tel Aviv-Jerusalén. Se estimó, según Epstein, que la “adquisición de ese territorio requeriría un millón de libras esterlinas adicional [por encima del presupuesto ordinario del FNJ].” Entre la docena de miembros de la junta directiva del FNJ que asistieron a esa reunión se encontraba David Ben Gurion. En ese momento el gobierno autónomo no oficial creado por los judíos bajo el mandato británico dirigía la Agencia Judía. Ben Gurion afirmó que la importancia política de la compra de tierra era que consistía en nada menos que “rescatar la patria”.

BEN GURION Y SUS COLEGAS SABÍAN que el mandato británico en Palestina, establecido tras la Primera Guerra Mundial por la Sociedad de Naciones, no estaba funcionando. No se aguantaba en pie. Los árabes y los judíos de Palestina no podían convivir juntos. Los funcionarios británicos consideraban que sólo la separación de las poblaciones podría evitar la lucha civil y el caos. La reducción de las fricciones entre árabes y judíos significaba también una menor carga sobre el erario británico para mantener Palestina en calma. En 1937 surgió un inconveniente a la propuesta británica para considerar la creación de dos estados: la necesidad de reducir la autoridad británica en Palestina. La geografía y la geología aún importaban para los británicos encargados de tomar decisiones. La presencia inglesa era clave para la defensa del canal de Suez, una línea vital para el comercio británico con India y para el transporte de petróleo desde el golfo Pérsico.

Al final, Gran Bretaña se decantó en contra de la partición; optó por quedarse en Palestina por razones defensivas estratégicas y apaciguar la rabia árabe ante el crecimiento del hogar

nacional judío restringiendo la inmigración y la compra de tierras.

Los sionistas percibieron certeramente cuál sería la opción política británica. Sin embargo, gracias a las ofertas árabes de venta de tierras, los dirigentes sionistas pudieron adquirir más suelo en las regiones del valle y la llanura, pudieron conectar sectores existentes de territorio judío y aumentar en él la población judía. Desde 1929, fecha del asesinato de judíos en zonas aisladas de Palestina, se tomó la decisión de comprar tierras donde pudieran establecerse sectores contiguos; cuando se pudieron tomar decisiones para establecer nuevos asentamientos, éstas se encaminaron a la conexión o el incremento de densidad de las zonas judías ya existentes. Se compró poca tierra en lo que más tarde se conocería como Cisjordania, donde la densidad de población árabe era abrumadora, al contrario de lo que ocurrió en las regiones de la llanura costera o el valle. Además, en 1937, comprar tierra alrededor de Haifa en la costa palestina significaba tener una presencia demográfica cerca del puerto más importante de Palestina y, para el Almirantazgo británico, la terminal de un oleoducto a Iraq; la adquisición de tierra a lo largo de la carretera Tel Aviv-Jerusalén significaba conectar la tierra judía de la llanura costera con la emocionalmente importante ciudad histórica de Jerusalén. Ben Gurion, que más tarde actuaría de forma casi continua como primer ministro de Israel desde 1948 a 1963, reconoció que, aun cuando no se produjera la división de Palestina en un Estado árabe y uno judío, las restricciones al crecimiento judío —impidiendo la inmigración judía o poniendo fin a la compra de tierras— eran inevitables. Ben Gurion deseaba comprar tierras en el proyectado Estado árabe y judío; deseaba crear hechos que se transformaran en realidades. Otros dirigentes sionistas coincidieron con él en que había que hacer todo lo posible para recaudar el dinero necesario con el objeto de aprovechar esas ofertas árabes. Fue también Ben Gurion quien recalcó a sus colegas que, si bien era im-

La creación del Estado de Israel no habría sido posible sin décadas de esfuerzo y la diligencia, compromiso y perseverancia puestos en la materialización del ideario sionista

portante una fuerte relación con Gran Bretaña, la futura gran potencia en Oriente Medio sería Estados Unidos. Con ello en mente, ayudó a organizar el pequeño y a veces reacio apoyo estadounidense al futuro Estado de Israel. Al final de la Segunda Guerra Mundial, la visión de Ben Gurion se tradujo en el activismo judío estadounidense; su compromiso con la compra de tierras árabes para el hogar nacional demostró su comprensión del modo en que la táctica contemporánea prepara el pensamiento estratégico a largo plazo. Ben Gurion deseaba convertir en inevitable la creación de un Estado judío.

En contra de lo afirmado por el presidente de Irán a finales de 2005 y de nuevo en 2006, o de lo repetido durante medio siglo por la historiografía árabe del conflicto, la culpa europea no creó Israel. No hubo ningún *big bang*. No cabe duda de que la decisión de las Naciones Unidas de dividir Palestina en un Estado árabe y otro judío en noviembre de 1947 y el reconocimiento internacional acordado al Estado judío tras su creación en mayo de 1948 proporcionaron legitimidad al objetivo sionista, pero nada de eso habría podido ocurrir sin décadas de esfuerzo sionista, diligencia en la puesta en práctica de una idea, compromiso para verla evolucionar, perseverancia a la hora de sortear obstáculos e intenso debate sobre la naturaleza del Estado judío.

Aunque la suerte y la oportunidad desempeñaron también un papel, la gran ventaja de los sionistas en la construcción de un hogar nacional fue la ausencia de una oposición viable. La población árabe local era débil en términos económicos, se hallaba fragmentada en términos políticos y sometida a décadas de egoísmo por parte de su propia dirección política. No se produjo ningún esfuerzo concertado árabe para evitar que la tierra saliera al mercado, donde se pagaron precios justos y en ocasiones inflados. Mientras los sionistas permanecían centrados en la construcción de un hogar nacional, la dirección árabe local padecía conflictos personales entre las familias más destacadas en casi todas las áreas urbanas y poblaciones de Palestina. Y estaban los dirigentes árabes de Jordania, Egipto e Iraq que, a lo largo de las décadas de 1930 y 1940, consideraron Palestina como un botín territorial para su propio uso y control. No cabe duda alguna de que Israel se

creó gracias a la colaboración de los dirigentes árabes de Palestina con los sionistas que buscaban la construcción de un hogar nacional.¹

Tras el final de la Primera Guerra Mundial, la economía rural palestina nunca recuperó la estabilidad tras la devastación de las tierras agrícolas y el arrancamiento de árboles llevados a cabo por los turcos otomanos en retirada hacia el norte. La agricultura palestina, base de la supervivencia de las tres cuartas partes de la población árabe, nunca se recuperó. La inmensa mayoría de los campesinos analfabetos vivía al borde de la subsistencia; se endeudó profundamente ante los terratenientes, los prestamistas y la élite urbana. A medida que la mortalidad infantil disminuía y aumentaba la longevidad, cada vez fue mayor el número de personas obligadas a vivir de una tierra cultivable pero no demasiado productiva y cada vez menos capaz de sostener a una creciente población árabe que no cambiaba de hábitos de cultivo, administración ni comercialización. La llegada de la presencia británica y el crecimiento sionista introdujeron en Palestina un capital de inversión que retrasó la eventual descomposición de la sociedad árabe palestina, un colapso que se produciría sociológica, económica y políticamente con gran velocidad en la década de 1940.²

Y, EN LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESTADO, LOS sionistas se aprovecharon en gran medida de las normas que protegían su posición como minoría. En el período de entreguerras, Gran Bretaña controló prácticamente Oriente Medio; los sionistas y los árabes pudieron crear instituciones autónomas de autogobierno; ambas comunidades vivieron bajo el paraguas protector de los británicos, que les permitió centrarse en su política interna sin tener que proteger fronteras ni desviar fondos para crear un ejército. Ambas comunidades consideraban a Gran Bretaña como árbitro, lo cual dejaba pocas posibilidades para que las dos comunidades interactuaran oficialmente. En cuanto a los británicos, se preocuparon poco de ayudar a la población árabe autóctona. Se centraron sobre todo en necesidades estratégicas: construcción de carreteras, ferrocarriles, una fuerza de policía, instalaciones militares y puertos. Dedicaron minúsculas sumas al progreso de las

1 Hillel Cohen, 'Collaboration' of Palestinian Arabs with Zionist institutions during the period of British rule and the war of 1948, and

the national Palestinian-Arab movement's struggle against it. Tesis doctoral. Universidad Hebrea de Jerusalén, octubre 2002.

2 Issa Khalaf, *Politics In Palestine Arab Factionalism and Social Disintegration 1939-1948*, Albany, SUNY, 1991.

oportunidades educativas árabes y fracasaron a la hora de proporcionar los créditos que tanto necesitaba la población agrícola rural. Para Gran Bretaña, su presencia en Palestina, como en las demás partes de Oriente Medio, no podía convertirse en una carga para el contribuyente británico; los gastos en Palestina dependían de los ingresos locales procedentes de las aduanas, los impuestos internos y otros tributos. Según los debates del Parlamento británico y los registros de la Sociedad de Naciones, en 1928, mientras que los judíos eran sólo del 17 por ciento de la población total de Palestina, su contribución a los ingresos de la Administración ascendía al 44 por ciento. En 1936, aunque sólo constituían el 30 por ciento de la población, los judíos contribuían al tesoro público más que la mayoría árabe. Las dos comunidades diferían de modo drástico en composición social, actitudes políticas, compromiso comercial y preocupación por los miembros de la comunidad.

Entre 1882 y 1939, la población judía de Palestina pasó de 24.000 a más de 400.000 habitantes; es decir, dos tercios de la población judía total que tendría Palestina cuando se creó el Estado en 1948. En 1939, los judíos poseían las tres cuartas partes de toda la tierra que habrían comprado en el momento de la creación del Estado judío, una superficie suficiente para crear el núcleo geográfico de un Estado. Durante el período 1938-1948, los sionistas compraron muchas de las tierras ofrecidas en las regiones geográficas mencionadas en la carta de Epstein. Sobre esas tierras compradas entre 1938 y 1948, los judíos establecieron puestos avanzados que se convirtieron en obstáculos clave a la invasión militar llevada a cabo por las fuerzas iraquíes, sirias y jordanas cuando Israel proclamó su Estado en mayo de 1948. El significado es claro: las tierras ofrecidas por los árabes que vivían dentro y fuera de Palestina en 1937 pasaron a ser esenciales en términos estratégicos para la defensa del Estado judío cuando éste resistió a los ejércitos árabes en 1948-1949. No hay debate acerca de si los judíos confiscaron tierras en manos árabes tras la creación del Estado, pero tampoco lo hay acerca de la responsabilidad de los árabes por vender la tierra a los sionistas, que establecieron en ella los futuros asentamientos desde los cuales crearon y defendieron el Estado.

¿QUÉ SABÍAN LOS ÁRABES DE PALESTINA Y CUÁNDO supieron que los sionistas estaban construyendo un Estado? ¿Cuándo supieron que Palestina se perdía en favor de los sionistas? ¿Ocurrió

después de la Segunda Guerra Mundial? Ocurrió al menos una década antes, a principios de la década de 1930, mucho antes de que nadie sospechara que Hitler se proponía asesinar a millones de judíos. He aquí una muestra procedente de algunos periódicos árabes de Palestina:

AL JAM'AH AL ISLAMIYYAH

21 agosto 1932:

"Porque están alerta mientras nuestros dirigentes duermen, los judíos se dedican a comprar tierras".

AL JAM'AH AL ISLAMIYYAH

2 septiembre 1932:

"Los árabes no considerarán nunca esas ventas como legales por más que los judíos posean los títulos de propiedad; y, cuando la situación política cambie, los árabes pedirán que se les devuelvan las tierras porque fueron vendidas en [circunstancias] muy extraordinarias."

AL JAM'AH AL ARABIYYAH

16 septiembre 1932

"No cabe duda de que la cuestión de la venta de la tierra es uno de los mayores peligros que amenaza el futuro del país."

AL DIFA

5 noviembre 1934

Ese periódico atacó a los corredores de propiedades y observó que

"Quienes han adoptado esta profesión pretenden hacerse ricos y reunir dinero aun cuando se lo quiten a las vidas del país... ¿Es humano que los codiciosos acumulen capitales para desalojar al campesino de su tierra, convertirlo en un indigente o a veces incluso en delincuente? El árabe asustado que teme por su futuro hoy se deshace de miedo cuando imagina a su hijos convertidos en indigentes y delincuentes incapaces de mirar la tierra de sus padres."

La dirección política árabe en Palestina hizo poco o nada por ayudar a la población campesina; al contrario, muchos dirigentes árabes participaron directamente en la alienación de su propio patrimonio. Debido a semejante comportamiento, los sionistas no consideraron demasiado en serio la oposición árabe al sionismo. En la época en que se escribieron esos artículos y otros, en la década de 1930, la inmigración judía a Palestina y la compra de tierra alcanzaron sus máximos históricos. Nadie obligó a los árabes a vender a los sionistas. En 1940, un funcionario colonial británico observó: "El propietario árabe necesita ser protegido de sí mismo."³ En 1945, los sionistas siguieron disponiendo de inmensas oportunidades de comprar tierras adicionales a los árabes. Las actas del FNJ de no-

Diez años antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, los dirigentes árabes de Palestina ya eran conscientes de que los judíos estaban construyendo un Estado

viembre de 1945 afirman: “El potencial para la compra de tierras no ha disminuido... la fuente de tierra en el país no se ha agotado... sigue existiendo la posibilidad de más compras, se puede afirmar que la voluntad de vender por parte de los árabes no ha disminuido. Si no hubiera obstáculos en el camino podríamos comprar tierra sin límite.”⁴

El judaísmo, la tierra de Israel y el autogobierno comunitario

No cabe duda de que el desarrollo judío en Palestina creció tras la Primera Guerra Mundial, pero el sueño judío de volver a establecerse como pueblo en la tierra de sus antepasados formaba parte de la identidad judía que se remontaba a la destrucción del segundo templo en el año 70. Los judíos desarrollaron un sentido de pueblo desde dentro y una identidad impuesta por parte de un mundo gentil hostil y que no los aceptaba.

La esencia interna del judaísmo es el conocimiento de la Torá, una práctica que empezó antes de la Era Común. El conocimiento de la Torá (el Pentateuco) y la *halakah* (la tradición oral que regula todos los aspectos de la vida) fueron elementos centrales de la identidad judía que se originó antes de la Era Común. El estudio de la Torá incluía una educación donde se afirmaba en los jóvenes la importancia de Sión, o la tierra de Israel, como parte de la identidad judía. Tras su expulsión de Tierra Santa por los romanos, los judíos permanecieron vinculados a ella espiritual y emocionalmente en tanto que “comunidad de Israel”, prometiendo y manteniendo las alianzas entre Dios y el pueblo judío. Se aferraron a las promesas de Dios en el *Génesis*: “Haré de ti un pueblo grande”; “a tu simiente daré esta tierra”; “toda la tierra que puedes ver te la daré a ti y a tu simiente para siempre”.

Cuando más tarde aparecieron el cristianismo y el islamismo como religiones monoteístas, y basaron sus preceptos en el judaísmo –con variantes específicas, por supuesto–, ambos legitimaron los contenidos del Antiguo Testamento y, por extensión, las promesas de Dios al pueblo judío.

Si bien los judíos conservaron un núcleo interior de creencias, leyes y prácticas que les servía de guía ética en su vida cotidiana, las experiencias de la diáspora los obligaron a prácticas de supervivencia que en última instancia incluían gobernarse a sí mismos. En tanto que minoría, los judíos mantuvieron su identidad adaptando e improvisando, pero rara vez asimilándose, rara vez dejando de lado su identidad religiosa.

En las tierras islámicas, después de la expulsión, los judíos sacaron a menudo partido de la tolerancia religiosa creando órganos de autogobierno. En tierras cristianas, los judíos padecieron persecuciones de modo más frecuente y prolongado; y, de vez en cuando, las autoridades regularon sus derechos y restricciones por medio de “cartas”.⁵ Las cartas eran concesiones de los gobernantes medievales a sus súbditos; no se referían de modo especial ni principal a los judíos. Sin embargo, en su caso se centraban en un número limitado de derechos sociales y políticos concedidos por un gobernante en una zona geográfica específica. Las cartas definían los derechos jurídicos de los judíos frente a los no judíos. Determinaban las profesiones que podían practicar, dónde podían vivir, su capacidad para tener propiedades y participar en el comercio interior y exterior, así como el grado de poder que se le confería para su autogobierno. En las estructuras

de autogobierno que desarrollaron, los judíos sancionaban a sus miembros, recaudaban impuestos, dirigían sus sistemas educativos y permanecían relativamente unidos frente a la destrucción física. De ese modo, por medio de restricciones –ya fuera en los tiempos antiguos, medievales o modernos–, los gobernantes europeos obligaron a los judíos a desarrollar costumbres de vida comunal. Los judíos no se consideraron como iguales en la Europa cristiana; fueron tolerados, cuando no perseguidos.

Así, mucho antes de que el sionismo apareciera como nacionalismo judío en el siglo XIX, los judíos ya practicaron un autogobierno sin tener un territorio propio; ejercieron una autonomía política y social sin gozar de soberanía; fueron burócratas antes de

Los judíos que emigraron a Palestina a finales del siglo XIX y principios del XX ya estaban familiarizados con las formas de autogobierno y en temas de política exterior

poseer una burocracia soberana. Se gravaron con impuestos antes de tener un ministro de Hacienda; desarrollaron fe y confianza en sus dirigentes locales antes de disponer de un gobierno nacional. Practicaron una sociedad civil antes de ser ciudadanos de un Estado; practicaron y refinaron el arte de la diplomacia antes de tener un ministro de Asuntos Exteriores. Cuando en pequeños grupos emigraron a Palestina a lo largo del tiempo, y en mayor cantidad a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, los judíos ya estaban familiarizados con el autogobierno, con el modo de tratar con potencias exteriores, unas prácticas que necesitarían a la hora de dar forma a su hogar nacional.

En cambio, los árabes de Palestina temían el gobierno, permanecieron aferrados a sus familias, clanes, tribus y pueblos; y, debido a la sociología política de su existencia, tuvieron una dificultad enorme para formar los tipos de amplios vínculos comunales desarrollados por los judíos en el transcurso de los siglos.

³ Observaciones de sir John Shuckburgh, British Colonial Office, Middle East Department, 14 junio 1940, Public Record Office, Colonial Office Series 733/Box425/file 75872, Part 2.

⁴ Observaciones de Joseph Weitz, reunión del Fondo Nacional Judío a propósito de la compra de tierras, 10 noviembre 1946, CZA, S25/6560

⁵ Ben Zion Dinur, *Israel and the Diaspora*, Filadelfia, Jewish Publication Society, 1969, pp. 33-78.

Precursores del sionismo

El sionismo no fue sólo un movimiento, fue un cambio. Fue un cambio desde ser el objeto en una frase ajena hasta convertirse en el objeto de las frases propias. Fue un cambio desde estar en los márgenes de la sociedad hasta ser un miembro en igualdad de condiciones de la comunidad de naciones. Fue un cambio desde la falta de poder hasta el ejercicio del poder. A fines del siglo XIX, la elección del nacionalismo expresada en un territorio fue una de las diversas alternativas a disposición de los judíos decididos a solucionar su situación en tanto que colectivo débil, desprotegido y marginado. Los primeros indicios de ese cambio en la vida judía que culminó en la consideración de una solución nacionalista se produjeron a mediados del siglo XVII, con los enfoques racionalistas aplicados al destino del pueblo judío: el pensamiento individualista, la reinterpretación de la Torá y el Talmud y, por encima de todo, la posibilidad de que la acción individual sustituyera los sueños mesiánicos. Con el telón de fondo de la

Revolución Francesa, también los judíos pusieron en cuestión su identidad colectiva; “la inflexibilidad y la fosilización, que ejercieron un poderoso control sobre la vida del judío individual” se dejaron poco a poco de lado.⁶ En el siglo XIX, la emancipación judía, o la capacidad de los judíos para ser reconocidos como iguales o ciudadanos en la Europa cristiana, tuvo sus vaivenes. En los tres primeros cuartos del siglo XIX, desde la Revolución Francesa hasta 1881, los judíos sintieron acercarse la brisa de la igualdad, pero ese viento amainó con el auge del antisemitismo en Alemania. Además, los ataques sancionados gubernamentalmente, o pogromos, se repitieron en Rusia a partir de 1881 e hicieron que algunos judíos reaccionaran al antisemitismo. Otros no reaccionaron. Algunos permanecieron en sus lugares de residencia en Europa, siguiendo con la práctica de la ortodoxia religiosa; otros intentaron la plena asimilación o cambiaron el judaísmo para hacerlo menos riguroso y rígido. Para muchos judíos, ni el judaísmo reformista ni el conservador surgidos a mediados de la década de 1880 respondía a sus exigencias intelectuales, económicas o espirituales. Una de las opciones preferidas era la emigración; sobre todo, hacia destinos occidentales en América, Sudáfrica o el lejano Oriente.

Sólo un pequeño puñado de judíos emigró a Palestina a partir de la década de 1880; la inmensa mayoría de los judíos que salió de Europa se dirigió hacia América y, en especial, a Estados Unidos. El sionismo, o el movimiento para la liberación del pueblo judío de su situación minoritaria, sólo atrajo a una pequeña mi-

noría de judíos. Cuando los judíos huyeron en el siglo XIX de la persecución y la marcada posición de desigualdad como ciudadanos en muchos países europeos, intentaron edificar una nueva vida, libres de las amenazas de la violencia y la fuerza, libres de las restricciones residenciales, sociales, económicas y profesionales que les imponían los reyes, zares, príncipes, gobernantes y dirigentes religiosos cristianos en Europa. Muchos de ellos llegaron a Estados Unidos, donde los recién llegados aprovecharon las oportunidades de negocios y las oportunidades educativas que se les había negado en Europa. Llegaron a una tierra donde la libertad y la búsqueda de la oportunidad individual eran parte del tejido social y la tradición estadounidense; llegaron a una tierra donde se practicaba la libre empresa y se protegía la libertad religiosa.


QUIENES EMIGRARON A PALESTINA PARA CONSTRUIR UNA nueva vida dejaron de lado la ortodoxia religiosa de su juventud y de sus padres. Para la mayoría, la ortodoxia les recordaba una debilidad, la vida marginal, la no aceptación, la residencia en emplazamientos restringidos, la impotencia individual o colectiva. El sionismo tal como se desarrolló, rechazó en gran medida esas ideas y prácticas. Los primeros emigrantes a Palestina conservaron su conexión con la identidad judía por medio de costumbres, fiestas, tradiciones, y se guiaron por la ética judía extraída de la Biblia; se guiaron con ella para cuidar de sí mismos en Palestina, cumpliendo el sueño mesiánico –por más que lo definieran de modo secular– de regresar a la tierra de sus antepasados, de Abraham, Isaac, Jacob y José. Tanto en Estados Unidos como en Palestina (Tierra Santa, o Eretz Israel, tal como se refieren a ella los judíos en hebreo), ir a una nueva tierra significaba desechar las restricciones del viejo mundo sin olvidar los principios morales rectores, ni los talentos organizativos de los que se habían imbuido durante los siglos de vivir como minoría. Parte de su equipaje como emigrantes era el comportamiento social y político de su pasado europeo: vivir juntos como comunidad para sobrevivir; y, por encima de todo, adaptarse e improvisar para sobrevivir. Cuando llegaron a Palestina o Estados Unidos, los judíos no se asimilaban a su nuevo entorno. Rara vez, al llegar a Estados Unidos o Palestina se convirtieron al cristianismo o al islam. Desembarcaron en las nuevas costas sin temor a un daño físico, con el impulso diario de caminar física e intelectualmente casi a voluntad.

El sionismo, los británicos y los árabes

Los orígenes del movimiento sionista suelen considerarse con frecuencia sinónimos de la vida y época de Theodor Herzl (1860-1904). Herzl, un periodista vienés,

nes que presenció el juicio del capitán francés Alfred Dreyfuss, falsamente acusado de vender secretos militares. Asombrado por el antisemitismo que vio en la Francia finisecular, Herzl escribió un tratado político, *El Estado judío*, en el que hizo un llamamiento para que los judíos se organizaran y tuvieran un territorio propio. En 1897, organizó el primer Congreso Sionista, con 200 delegados procedentes de toda Europa. La idea de que los judíos tomaran el control físico de su propio destino había aparecido en una serie de autores a lo largo del siglo XIX. Estos autores, entre los cuales se contaban Hirsch Kalischer, Moses Hess, Leo Pinsker, Ahad Ha'am, Nahum Syrkin, Ber Borchof, A. D. Gordon y Vladimir Jabotinsky, creyeron en un grado u otro que la redención judía provenía de la actuación del individuo. Sus pensamientos incluían las ideas de no esperar al Mesías; de oponerse a la asimilación; del judaísmo como una fuerza intelectual dinámica, no estática; de que los judíos no debían confiar en otros para emanciparse, sino que la redención y la supervivencia procedían del esfuerzo espiritual, cultural y físico en la tierra de Israel; de que durante demasiado tiempo los judíos habían dependido de lo que otros les proporcionaban en relación con los trabajos y las ocupaciones y de que era hora de que los judíos volvieran a la tierra y dejaran de ser mercaderes y comerciantes.

Además, algunos de esos autores previeron las dificultades que surgirían por parte de la población árabe autóctona, una población que no veía con buenos ojos el crecimiento y la renovación de la presencia judía. Herzl y sus colegas se dividieron respecto a la forma de alcanzar su objetivo: algunos juzgaron más aconsejable buscar el consentimiento de una gran potencia a una patria judía; otros, en cambio, pensaron que era mejor emprender primero el trabajo práctico de volver físicamente a Palestina. Herzl intentó



No todos coincidieron en la vía para crear un Estado judío: mientras unos consideraron más aconsejable buscar el consentimiento de una gran potencia, otros priorizaron el criterio de emigrar a Palestina

6 Shmuel Ettinger, "The Modern Period", en H. H. Ben Sasson, *A History of the Jewish People*, Harvard, Cambridge University Press, 1976, p. 730.

pero no logró obtener una “carta” del sultán otomano. Mientras tanto, los judíos emigraron a Palestina. Cuando los británicos hicieron pública la declaración Balfour en 1917, durante la primera Guerra Mundial en favor de los sionistas y apoyando la creación de un hogar nacional en Palestina, las dos tendencias del sionismo se combinaron. El trabajo práctico se emprendió con el apoyo político de una gran potencia.

Al hacer pública la declaración Balfour, Gran Bretaña perseguía su interés estratégico en Oriente Medio. Su principal objetivo, tras la Primera Guerra Mundial, era asegurar y controlar la zona desde el golfo Pérsico hasta el Mediterráneo. Palestina todavía no era una unidad geográfica, sino parte de las provincias ára-

Los sionistas utilizaron su ingenio y determinación frente a un adversario débil y desorganizado muchos años antes de que Hitler asesinara a seis millones de judíos

bes del imperio otomano; y, de modo crucial, era contigua a la presencia británica en Egipto. Para Gran Bretaña, el corazón estratégico era el canal de Suez. El comercio y el petróleo pasaba por el canal antes de la Primera Guerra Mundial. Para Gran Bretaña, los dirigentes mesorientales eran peones en un tablero de ajedrez; Oriente Medio era lo que el secretario de Asuntos Exteriores en India llamó un “camino de paso”.⁷ De modo sucesivo, Gran Bretaña controló Chipre en 1878, ocupó Egipto en 1881, controló la política exterior de Afganistán en 1907, estableció acuerdos con media docena de caudillos tribales en la península Arábiga antes y después de la Primera Guerra Mundial, se sentó con los franceses para dividirse la región en esferas de influencia y prometió a los sionistas un hogar nacional en la estratégica Palestina. Los sionistas, los dirigentes árabes y los británicos fortalecieron sus objetivos políticos mediante alianzas y acuerdos firmados entre sí. En 1924, cuando James Ramsey MacDonald, primer ministro laborista británico, dijo que el libre uso del canal de Suez era “la base sobre la que descansaba toda la estrategia defensiva del imperio británico”, Gran Bretaña había cumplido su objetivo de controlar la zona desde Suez hasta el Golfo. En el proceso, los caudillos árabes locales vieron confirmados su protectorado y su legitimidad. Su dominio sobre la política local se vio investido de poder por su relación con la Gran Bretaña imperial.

Y lo mismo ocurrió con los sionistas. Tu vieron autonomía para realizar su antiguo sueño de redención, regresar a la tierra de Israel, mantener la alianza con Dios, y tomar el control sobre su propio destino. Los judíos se habían organizado antes de emigrar a Palestina. Habían sobrevivido a gobiernos malvados por lo que, en comparación, tratar con los británicos resultó relativamente fácil. Para los sionistas no supuso molestia alguna reunirse periódicamente con el alto comisionado británico en Palestina para sondear su política, ayudar a redactar ordenanzas y normas, garantizar cualquier posibilidad de no desviarse de su objetivo. En Palestina no había una asamblea legislativa local que actuara de contrapeso a la política imperial británica. El alto comisionado representaba a la Oficina Colonial en Londres. Mientras tanto, la dirección árabe se mantuvo al margen de cualquier intento de influir en la política; protestaba, presentaba peticiones y mandaba alguna delegación ocasional a Londres. Los políticos árabes de Palestina eran una camarilla egoísta que se preocupaba más de sí misma que de la población rural árabe mayoritaria. En todo Oriente Medio, las elites terratenientes y los notables urbanos mostraron en esa época poca preocupación social por las clases más desfavorecidas.

SEGÚN HA AFIRMADO BARBARA SMITH EN *THE Roots of Separatism in Palestine: British Economic Policy, 1920-1929*, “a fines de la década de 1930, los sionistas habían creado en la práctica un “Estado dentro del Estado” en Palestina, con una organización militar e instituciones políticas, sociales, económicas y financieras separadas de las de la población autóctona y de la Administración mandataria británica”. En el momento en que Epstein resumió la reunión del FNJ, a finales de 1937, los sionistas estaban dando forma a su propio futuro, tomando decisiones estratégicas sobre los límites territoriales de un proyectado Estado judío. Las decisiones tomadas en 1937 darían sus frutos una década más tarde. El control del propio destino era la esencia del sionismo. Con un adversario débil y desorganizado, los sionistas usaron su ingenio y determinación para controlar su propio destino mucho antes de que Hitler asesinara a seis millones de judíos.

⁷ Observaciones de A. H. Grant, secretario de Asuntos Exteriores británico en India, citado por el británico Cooper Bush, *Britain, India and the Arabs, 1914-1921*, Berkeley, University of California Press, 1971, p. 62.